

Lo que Jesús quiere hacer



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

Lo que Jesús quiere hacer

Nº 2630

Un sermón predicado la Noche del Domingo 16 de Abril de 1882 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres. (Y también leído el Domingo 9 de Julio de 1899).

“¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” — Mateo 23: 27.

Los teólogos se han batido unos con otros por este texto como en un campo de batalla. Han altercado, y han sostenido controversias, y han arrastrado el texto por doquier como si se tratara una bestia salvaje que quisieran desmembrar. Y, sin embargo, si estuvieran dispuestos a mirar más allá de su letra y adentrarse en su espíritu íntimo, verían que no es asombroso que Jesús hubiese expresado esto.

Habría sido mucho más sorprendente si no hubiese hablado así, y habría sido un terrible enigma para toda la teología si leyéramos aquí, “nunca quise juntar a tus hijos, aun si ellos hubiesen querido ser juntados”. Eso habría sido algo difícil de entender, en verdad; y habría representado una dificultad mayor que la que pudiera encontrarse en nuestro texto.

Desde hace mucho tiempo he estado anuente a aceptar la Palabra de Dios tal como es; y cuando, en algún momento, se me ha acusado de contradecirme por apegarme a mi texto, me he sentido siempre perfectamente seguro sobre este asunto. Lo último que me preocuparía sería mi consistencia. ¿Por qué habría de estar ansioso por ella? Yo prefiero cincuenta veces más ser consistente con Cristo, o ser consistente con la Palabra de Dios. Pero en lo relativo a la consistencia permanente con uno mismo, podría resultar que uno haya estado consistentemente equivocado, consistentemente cerrado, y consistentemente indispuerto a creer lo que Dios quiera enseñarle.

Así que simplemente tomaremos el texto tal como lo encontramos. A mí me parece que dice que si Jerusalén no fue salvada, si sus hijos no fueron puestos a buen resguardo como los polluelos son juntados debajo de las alas de la gallina; si Cristo no los reunió, ni los protegió, no fue porque haya habido una renuencia de parte Suya.

Siempre hubo buena voluntad en Su corazón para bendecir a Jerusalén, y por eso pudo decir en verdad: “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas!”

De esta expresión de nuestro Señor, yo aprendo que si alguien no es salvo, la causa no radica en alguna falta de benignidad o falta de buena voluntad de parte de Dios. Los que se atreven a decir lo contrario, se aventuran muy lejos y son muy audaces en sus aseveraciones. Este texto afirma exactamente lo contrario; y en la medida que se aplica a los hijos de los hombres en general, declara que Dios no quiere la muerte de nadie, sino que desea que se vuelvan a Él y vivan.

La siguiente verdad que aprendo de este pasaje es que, si Jerusalén había de perecer, como en efecto pereció de una manera terrible, fue porque no quiso ser salva. A menudo fue invitada, persuadida, exhortada, advertida y amenazada. Un profeta sucedió a otro profeta, y una tribulación siguió a otra tribulación. La vara de Dios vino y también la Palabra de Dios; pero Jerusalén fue excesivamente perversa y Su pueblo era empedernido, y no quiso recibir la bendición con la que estaban cargadas las manos proféticas.

E incluso cuando Cristo mismo vino, el más codiciable y el más humilde, el más tierno y el más sincero, trayéndoles amor y misericordia sin límite; cuando habló como ningún hombre habló jamás, con notas de advertencia, pero también con requerimientos de amores, ellos no quisieron recibir Sus reprensiones, a pesar de todo. Más bien, lo tomaron, y con manos malvadas lo crucificaron y lo inmolaron. Fue su propia voluntad rebelde la que los arruinó pues no quisieron venir a Él para que tuvieran vida.

Allí radica la culpa; y, cuando los pecadores van al infierno, es porque quieren ir allí. Cuando son condenados por el Juez que debe decidir lo justo, es porque ellos han querido seguir el pecado que acarrea la condenación. Si

no han obtenido misericordia, su ruina estará a la puerta de su propia voluntad perversa. Así dirá el trueno que los perseguirá a través de todas las cavernas del infierno: “¡Y no quisiste! ¡Y no quisiste! ¡Y no quisiste!” Sobre sus propias cabezas caerá la culpa de su condenación. No quieren tener vida eterna; intencionalmente la apartan de ustedes, y la rechazan.

Ahora, allí, o en algún lugar por allí, —yo no sé exactamente dónde— hay una gran dificultad doctrinal; pero no pienso que ni ustedes ni yo necesitemos pescarla. Si hay una espina en el pescado, yo no pido que me la pongan en mi plato; y si hay una espina en este texto, dejen que el perro que la quiera se la lleve.

En cuanto a nosotros, hay carne de la que se puede alimentar nuestra alma, o sea, la verdad de que Dios coloca efectivamente a la propia puerta del hombre, la culpa de su destrucción; y Cristo lo expresa así: “Yo quiero, pero ustedes no quieren”.

Tengo en este momento ante mí, la agradable tarea de indicarles que, lo que Cristo hubiera querido hacer por los judíos pero ellos no quisieron aceptar, yo estoy seguro que quiere hacerlo por nosotros; no, iré más lejos, y diré que estoy seguro que quiere hacerlo por nosotros ahora. Y así, recordando un poco el pasado, quiero que piensen todavía más en el presente, y que noten que, en este momento, Jesús quiere juntarnos, —quiere juntar a los hijos de esta ciudad—, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas.

¡Oh, confío que no tenga que decir: “y no quisieron”! Que el dulce Espíritu de Dios nos acompañe para mover las voluntades adversas y perversas de los hombres, hasta que se diga: “Cristo quiere juntarlos, y ustedes quieren ser juntados”. Cuando esas dos cosas se encuentran, ocurre una gran bendición.

He leído lo que han dicho los astrónomos acerca de lo que ocurriría si dos planetas entraran en conjunción; yo no sé nada acerca de ese asunto; pero sí sé que, cuando estas dos cosas entran en conjunción: cuando Cristo quiere y nosotros queremos, serán tiempos benditos para nosotros, una época de paz que no habíamos soñado nunca. ¡Que el Espíritu de Dios nos conceda que esto sea ahora así!

Ahora, volviendo al texto, consideremos, primero, lo que Jesús quiere hacer; en segundo lugar, cómo quiere hacerlo; y en tercer lugar, cuándo quiere hacerlo.

I. Primero, LO QUE JESÚS QUIERE HACER: “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!”

¿Qué significa esto? Es un símil muy sencillo, casero, hermoso y conmovedor: la gallina que junta a sus polluelos debajo de sus alas; y, quiere decir, primero, que Jesús quiere que te sientas muy seguro. Mira, allí está la sombra de un halcón. El pájaro de presa está suspendido allí, y su sombra puede verse en el suelo. La mamá gallina, mirando hacia arriba, advierte al destructor; y, en un instante, produce un cloqueo de alarma y reúne así a su pequeña familia; en unos cuantos segundos, todos están a salvo bajo sus alas protectoras, que se convierten en el eficaz escudo de los polluelos.

Ahora, nuestro Señor Jesucristo quiere hacer exactamente lo mismo con nosotros; Él quiere ponernos a buen resguardo, y sacarnos del ancho camino del peligro, y luego quiere cubrirnos con las alas de Su poder, para que no sólo estemos a salvo, sino que también nos sintamos a salvo. Yo supongo que nadie se siente tan seguro como se siente el polluelo debajo de la gallina. Esa diminuta criatura no tiene norma ni medida de fortaleza más allá de su propia debilidad, así que considera que su madre es incalculablemente fuerte, y se siente perfectamente seguro cuando puede esconder su cabeza debajo de las plumas del pecho de la madre.

¡Ah!, pero algunos de ustedes no se sienten seguros. Nunca se han sentido seguros. La muerte, para ustedes, es verdaderamente la reina de los terrores. No les gusta oír que la gente hable acerca de ella; y si se encuentran enfermos, rápidamente mandan llamar al doctor, no por causa de los síntomas de una muy seria enfermedad, ¡sino porque tienen miedo de morir!

Vamos, algunos de ustedes están tan temerosos, que difícilmente quieren quedarse a solas en un cuarto oscuro, y a duras penas se atreverían a subir al piso superior sin una vela. Tienen mucho miedo, no por causa de

una mera timidez natural, sino porque saben que hay algo que sigue después de la muerte, para lo cual no están preparados. Las cosas no están en orden entre ustedes y Dios, y lo saben muy bien; así que, la caída de una hoja o el chirrido de un ratón turban su mente, pues reconocen que no se encuentran en una condición segura.

No podrían soportar estar en el mar en medio de una tormenta. El pensamiento de un naufragio conllevaría no solamente el terror natural que es inseparable de un evento tan alarmante, sino también el terror que las olas de fuego podrían reemplazar a las olas del océano.

Ustedes no se sienten seguros. Incluso en sus más grandes gozos, un esqueleto se sienta en el festín, pues sus placeres son transitorios, y ustedes lo saben. Cuando, —siendo como eres un hombre despreocupado— tienes tus más grandes deleites en las cosas terrenales, aun así estás consciente que hay un gusano en el propio centro de la fruta más dulce, y tienes miedo de las consecuencias de comértela.

¡Oh, pero Jesús quiere salvarte de toda tu ansiedad! Él quiere cubrirte tan completamente que no conocieras el miedo; Él quiere conducirte al gozo de ese “perfecto amor” que “echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo”. Él quiere que estés entre los bienaventurados de quienes está escrito, “Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad”. Y Él quiere que este sea el caso: que tú, pobre hombre tembloroso, vengas a Él ahora, y no te sientas más en riesgo, sino que estés seguro para siempre. Ese himno con el que comenzamos nuestro servicio:

Jesús, amante de mi alma,

es un exacto reflejo de lo que Cristo quiere otorgarnos a todos los que venimos a Él. Él quiere abrazar contra Su pecho a todos aquellos que acuden a Él en busca de refugio. Él está anuente a recibir en el abrigo de la perfecta seguridad al barco sacudido por la tormenta. Él está dispuesto a ocultar, como en la hendidura de la roca, al espíritu acosado por el pecado y por Satanás.

Así es, queridos amigos; yo sé que así es, pues lo he comprobado. Miren a los ojos, al corazón, y a las heridas de Jesús, y sabrán que no existe falta de voluntad en Él para dar perfecta seguridad a las almas que confían en Él; quiere que estén seguras, “Como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas”.

Pero ahora voy a dar un paso adelante, y diré que Jesús quiere hacerlos sentir perfectamente felices. Los polluelos debajo de la gallina no son solamente el cuadro de la seguridad, sino que son el emblema mismo de la felicidad. ¿Alguna vez los han visto un poco alterados? Si así fuera, ¿notaron después el dulce ruidito que hacen, el propio sonido del contentamiento perfecto? Si alguna vez los han observado cuando están allí acurrucados juntos, habrían visto que es su pequeño paraíso.

No habrían podido estar más felices en el Huerto del Edén de lo que están allí, pues están muy felices. Debajo de las alas de su madre tienen todo lo que podrían desear; y, durante la noche entera, sin importar lo que ocurra, aunque sople el frío o haga calor, allí están ellos perfectamente seguros y felices. El corazón de la madre late sobre ellos, y su pecho está proveyendo el calor vital que los mantiene contentos.

Estoy seguro que me estoy dirigiendo a personas que no son felices. La idea común de la felicidad que tienen muchas personas, es muy extraña. Cuando nuestros amigos de Londres tienen un día libre, su concepto de gozar de un descanso me divierte a menudo. Forman una masa compacta, tan apretujadamente como pueden, viajando dentro y fuera de un furgón, o de un ómnibus, o de un carruaje, y luego van tan lejos como puedan, hasta que el cansado caballo a duras penas puede moverse para llevarlos de regreso a casa. Y, todo el tiempo, para dar descanso a sus oídos y a sus corazones, alguien toca una trompeta de una manera que evoca muy poca música, y alborotan todo el día como si estuviesen locos, y se comportan como si Londres fuera un gigantesco Hospital Belén; y eso es lo que ellos llaman felicidad.

Mi visión de la felicidad consiste en alejarme lo más posible de ellos, y hacer precisamente lo contrario de lo que ellos hacen. Estas personas hablan acerca de “el lugar para pasar un día feliz”, de “la forma de ser felices”, y de cosas parecidas; ¿pero fue alguna vez más arrastrada en el polvo una

pobre palabra como esa palabra “feliz” en un contexto como ese? Pero, ¡oh!, una mente pacífica y contenta que descansa en Dios, un alma cuyos deseos son todos cumplidos, y cuyo propio aliento de vida es una alabanza jubilosa o una oración sumisa, ese es mi concepto de felicidad.

El hombre que sabe que todo está bien con él en cuanto a la eternidad, alguien que bebe de la fuente eterna de los gozos que pertenecen, no a la bestia bruta ni tampoco al hombre que está sin Dios, a ese yo llamo un hombre feliz.

Y, ¡oh, cuán felices serían algunos de ustedes si vinieran a Cristo como los polluelos corren a la gallina! ¡Oh, cuán felices los haría Cristo! Mujer desdichada, que estás allá, esta precisa noche podrías ser feliz. El Gigante Desesperación te ha marcado como suyo, afirmas tú. Entonces yo reto al Gigante Desesperación, y lo llamo mentiroso. Si crees en Cristo, descubrirás que te ha redimido con Su sangre.

Confía en Él, y Él te liberará de inmediato, y en Él serás muy feliz a lo largo de los días hasta el límite máximo, y sabrás lo que el verdadero gozo significa, —gozo enfático— “el gozo de Jehová”, “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento”. Les recuerdo ese otro himno que acabamos de cantar hace unos momentos:

Reciban la salvación,
Recíbanla ahora, y sean felices.

No únicamente seguros, sino felices, y salvos y seguros para siempre. Yo recuerdo cómo fui atraído hacia Cristo cuando oí la predicación de la doctrina de la perseverancia final de los santos. Yo había oído mucho acerca de ese tipo de salvación que consiste en ser salvado hoy y estar perdido mañana, y eso nunca me importó un bledo, ni atravesaría la calle para escucharla ahora.

Pero escuché la predicación de la salvación que realmente salva a un hombre, y que en efecto, lo salva eternamente; y sentí que, si pudiera asirme de esa salvación, sería el individuo más feliz del mundo; y me así a ella, y la encontré veraz y real, pues Cristo en efecto salva —salva eficaz y eternamente— a todos aquellos que ponen su confianza en Él. Incluso

ahora, en cuanto al que no es salvo y al infeliz, Cristo está esperándolos y quiere que sean salvos y felices en Él.

Pero hay todavía una mayor bienaventuranza que esa, pues Cristo los hace parte de una bienaventurada multitud. Él afirma en nuestro texto: “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas!” Nuestro Salvador no alude aquí a una gallina con un polluelo. Yo supongo que un polluelo solo podría estar feliz, pero la mejor felicidad del mundo se goza siempre en santa compañía.

Cristo expresa, como su concepto de felicidad, la idea de una iglesia; no se trata de un miembro únicamente, sino de un cuerpo; no se trata de una oveja solitaria, sino de un rebaño. Así que dice aquí: “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos!”

¿Me estoy dirigiendo a alguna persona solitaria? Has estado en Londres por largo tiempo; y has descubierto que no hay un lugar tan solitario como esta gigantesca ciudad de Londres. Yo supongo que, en el desierto del Sahara podrías encontrar algún amigo, mientras que en Cheapside no podrías encontrarlo. Da la impresión que aquí nadie conoce a nadie, es decir, a menos que tuviese algo que regalar, en cuyo caso el número de primos que ese hombre tendría sería algo sorprendente; pero si necesitaras algo, nadie te conocería, e incluso tus así llamados amigos te abandonarían.

Tal vez alguien ha asistido al Tabernáculo durante un buen tiempo, y, sin embargo, ha estado muy solo. Yo lamento verdaderamente que haya sido de esta manera. Sé que hay algunas almas sinceras aquí que procuran hablar a los extraños. Pero, ¡oh!, queridos amigos, mi Señor no quiere que estén solos. Él quiere reunirlos con el resto de Sus hijos, “como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas”. Quiere llevarlos a conocer a unos cuantos espíritus cargados como ustedes mismos, quiere llevarlos a conocer a algunos otros que han sido liberados, como los liberará a ustedes; quiere inducirlos a tener comunión, aquí con uno, y allí con otro, hasta que digan, con el buen doctor Watts:

En una compañía como esta
Mi alma cansada quiere descansar:

El hombre que mora donde está Jesús,
Ha de ser bienaventurado para siempre.

Descubrirían que sus gozos serían multiplicados al ser compartidos con sus parientes en Cristo quien, por otro lado, quiere hacerlos partícipes de Su gozo, y se deleitaría en hacerlo. ¡Oh, que viniesen a Cristo, pues entonces tendrían la felicidad de la comunión cristiana!

Me parece que hay otro pensamiento contenido en el texto, y es que Jesús quiere que conozcamos Su amor. Cuando la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas, no sólo proyecta seguridad, y felicidad, y una sociedad congenial, sino también una conciencia de grande amor. Los pobres polluelos no entienden mucho acerca de ello, no saben qué relación tiene la gallina con ellos, pero ella sí lo entiende. Sin embargo, ellos sienten que ella los ama por la manera en que levanta cada granito para ellos, y por la manera en que los llama para juntarlos tan ansiosamente, y los cubre tan cuidadosamente.

Es verdaderamente una bienaventurada experiencia conocer un gran amor; el amor que es igual al nuestro —ese bendito amor matrimonial— hace que la vida sea supremamente feliz cuando es gozado puramente; ¡pero cuán mayormente bendito es tener un amor infinitamente superior al propio amor, y sin embargo saber que ese amor es todo suyo, y que todo lo que hay en ese Ser amoroso es todo para ustedes!

Cada polluelo puede sentirse seguro de que, todo lo que pueda hacer esa gran ave, lo hará en beneficio del polluelo que se esconde debajo de sus alas. De hecho, los polluelos están ocultos debajo de la gallina; miren cómo los cubre.

Eso es lo que hace Jesús por ustedes y por mí, si verdaderamente estamos en Él; Él simplemente nos cubre, y nos oculta de todos nuestros enemigos. Ellos no pueden vernos, pues estamos ocultos en nuestro Señor, y sin embargo, somos encontrados de la manera más dulce, y colocados más allá de la posibilidad de estar perdidos.

Todo lo que Jesús es, me pertenece a mí, y a ti, amada hermana, y a ti, amado hermano; todo Cristo es mío, y todo Cristo es tuyo; y como la

gallina se entrega a su polluelo, y lo toma, por decirlo así, enteramente para ella de tal forma que se convierten en uno, así el Cristo bendito se entrega enteramente a Su pueblo, y toma a Su pueblo enteramente para Sí, de tal forma que son verdaderamente uno.

¡Oh, que todos ustedes tuviesen esta grandiosa bendición! Y si la están esperando y están ansiosos y deseosos de tenerla, Él está deseoso de darla, pues dice en el texto: “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas!”

Eso es lo que Jesús quiere hacer.

II. Ahora, muy brevemente, consideremos CÓMO QUIERE HACERLO.

Quiere hacerlo, primero, llamándolos para que vengan a Él. Así es como la gallina junta sus polluelos alrededor suyo, llamándolos para que se acerquen a ella.

El llamado de Cristo es hecho a menudo mediante la predicación del Evangelio, y yo me gozo verdaderamente cuando puedo ser Su mensajero y entrego Su mensaje. ¡Cómo desearía que estos labios tuvieran un lenguaje adaptado al bendito llamado que me permite entregar en Su nombre! Me pide que les diga a los que están trabajados y cargados, que vengan a Él, que vengan a Él ahora, y Él los hará descansar.

Él dice: “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche”.

Me pide que diga expresamente que el que viene a Él, no le echa fuera; y me alegra que, antes de que cerrara el Libro del Apocalipsis, haya insertado este mensaje lleno de gracia, “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”. Así es como quiere juntarlos mediante Su llamado; ¿acaso no es un llamado dulce y gracioso? Si fueras Su hijo, lo sabrías, y vendrías a Él, como el polluelo conoce el llamado de la madre, y corre a ella.

Hay un pichón ubicado no lejos de la gallina, pero no acude a su llamado. Hay un pato en el patio de la granja, pero no viene a ella. ¡Ah!, pero los polluelos corren; y así es cómo el Señor discierne a Su pueblo elegido y redimido; ese gracioso llamado Suyos es entendido por aquellos que secretamente le pertenecen, y que por tanto, responden a su llamado. Él mismo dijo: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera”.

¿Cómo quiere reunirlos Jesús para que vayan a Él? Bien, quiere juntarlos, y que acudan a Su llamado. La gallina hace un llamado, y entonces los polluelos corren a ella. ¿Qué llevan con ellos cuando acuden? ¿Acaso recogen oro y plata, o traen diamantes en sus picos, para pagar su entrada al pecho de su madre? No, ellos no hacen eso; todo lo que hacen es correr hacia ella, tal como son; ¿acaso no los ves? La gallina los llama, y van corriendo a ella; no le llevan nada, ni ella les pide nada. A la gallina le corresponde dar a los polluelos, y no los polluelos a la gallina.

Y así, pobre pecador, todo lo que debes hacer es venir y simplemente confiar en Jesús. Corre a Él. ¿Qué debes llevarle? No debes llevarle nada excepto tu necesidad de todo lo que pueda darte. ¿Habrás de llevarle un corazón quebrantado? Sí, si tienes uno; pero si no lo tienes, ven a Él, y pídele que te dé un corazón quebrantado. Recuerda aquel verso de Hart:

Ven, indigente, ven y sé bienvenido,
Glorifica la liberalidad inmerecida de Dios;
Fe y arrepentimiento verdaderos,
Y toda gracia que nos acerque,
Sin dinero,
Ven a Jesucristo y cómpralos.

Así, entonces, esta es la forma que tiene Cristo de juntar consigo a los pecadores. Primero, hace el llamado, y luego ellos acuden a Él obedeciendo al llamado.

La siguiente parte del encuentro es el cercamiento de Su ala por el cual Él se interpone entre nosotros y el mal. La gallina junta a sus polluelos y los cobija, convirtiéndose como en una pared alrededor de ellos, y sus alas se vuelven una suave jaula. Así nos junta Jesús a Su alrededor, cubriéndonos

por completo; Él se interpone entre nosotros y la justicia. Ustedes saben cuándo lo hizo, y cómo sufrió al hacerlo. Él se interpone entre nosotros y Dios, pues Él es el Mediador, el Intermediario, el Árbitro que actúa a nombre nuestro.

Oh, cuán dulce es, cuando, conscientes de culpa y de pecado, nosotros, sin embargo, podemos experimentar la dulzura de esa promesa que ya he citado para ustedes, “Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro”.

Él mismo será tu pabellón, el te esconderá de la justa ira de Dios, y quitará tu pecado poniéndolo sobre Sí. Esa es la forma en que somos juntados bajo el Mediador interpuesto.

¿Cómo nos junta? Tienen todo delante de ustedes ahora; Él nos llama, y venimos a Él; y nos escondemos debajo de Él y clamamos:

Cubre mi indefensa cabeza
Con la sombra de tu ala.

Así es como somos juntados debajo de Él; ¡que el Señor nos junte a todos así graciosamente!

III. Nuestra última observación, concerniente a ser reunidos a Cristo, será: CUÁNDO QUIERE HACERLO. El texto dice: “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos!” No voy a entrar en el detalle de todas las veces en las que Jesús, en Su infinito amor, quiso juntar a los hijos de Jerusalén consigo; pero me gustaría mencionar algunas veces cuando, yo creo, ha querido juntar a algunos de ustedes.

Quiso juntarlos, primero, cuando eran literalmente niños; me refiero especialmente a aquellos de ustedes que tuvieron ventajas tempranas. Cuando se iban a la cama, después de que su madre les hubo hablado acerca del:

Dulce Jesús, manso y benigno,

y les hubo dado el beso de las “buenas noches”, ustedes a menudo se quedaban despiertos, y le daban vueltas al tema en su mente, hasta que las lágrimas rodaban por sus tiernas mejillas, y sollozaban hasta quedarse dormidos; yo pienso que Jesús quiso juntarlos entonces.

¿Acaso no recordamos algunos de nosotros, cuando éramos muchachos, cuando hablábamos con algún hermano mayor, o, tal vez, con un hermano menor, y los dos razonábamos entre nosotros acerca de estas cosas, y orábamos a nuestra manera pueril, y, sin embargo, en pocos días lo habíamos olvidado todo? Yo creo que Jesús quiso juntarnos debajo de Él en aquellos momentos.

Al revisar mi propia vida, me parece que hubo momentos cuando el Señor vino muy cerca de mi espíritu infantil, y me tocó, si no con vida divina, sí con algo muy parecido a ella, pues hubo muchos deseos sinceros de santidad, y amargos sentimientos de arrepentimiento, y poderosos anhelos de Cristo, de Quien yo sabía muy poco, pero de Quien anhelaba tanto.

¡Ah, mi anciano amigo! Hace mucho tiempo que fuiste un muchacho, pero casi desearías ser un muchacho otra vez para sentir lo mismo que una vez sentiste. ¡Ah, buena mujer!, han pasado muchos días desde que tu madre entretejió sus dedos en tus rizos, diciéndote que esperaba que amarías a su Salvador; y tú no sientes ahora como sentías entonces. Aquellos en verdad eran tiempos cuando Jesús quiso juntarte a Él.

Desde entonces, me atrevería a decir que muchos de ustedes han tenido momentos de una seria impresión y de tranquila reflexión. Ustedes no saben por qué sucedió así, pero súbitamente se sintieron inusualmente reflexivos. Tal vez fue porque se encontraban en medio del alborozo, y de pronto sintieron que todo era vacío. No podían soportarlo, así que se fueron, y subieron las escaleras, o salieron al jardín, o incluso llegaron a caminar por las calles como si no hubiese nadie en ellas excepto ustedes; y reflexionaron, y reflexionaron, y reflexionaron de nuevo, y llegaron a estar casi persuadidos, pero respondieron al mensaje celestial: “sigue tu camino por esta vez, todavía no me resulta muy conveniente recibirte”. ¿Piensan que alguna vez será conveniente? O, ¿acaso debe esperar Dios la conveniencia de ustedes, y servir como un lacayo a su puerta, hasta que la

voluntad suprema de ustedes se digne escuchar Sus solicitudes misericordiosas? ¡Ah, cuán a menudo, cuán a menudo, Jesús, por medio de estas solemnes impresiones, quiso así juntar consigo a algunos que están aquí presentes!

Podría ser que les estuviera diciendo la verdad a muchos cuando les recuerdo que han tenido períodos de severa enfermedad. En tales momentos, estuvieron en cama, y escucharon el tictac del reloj en su cabecera, y miraron a la eternidad, y les pareció muy horrenda y oscura; y, entonces, buscaron las oraciones de hombres buenos, y prometieron que, si se recuperaban alguna vez, no disiparían más sus años.

¡Ah!, entonces Cristo quiso juntarlos a Él, y la sombra de Su ala protectora oscureció su aposento de enfermo; pero no quisieron ceder, y se escaparon de Él una y otra vez.

Creo que puedo agregar con certeza que, en este Tabernáculo, algunas veces, cuando Dios ha ayudado al predicador, ha habido momentos cuando ustedes han sido conducidos al propio borde de la salvación, y casi han entrado allí. Tuvieron que poner una presión a su conciencia para mantenerse alejados del estanque de la misericordia; tuvieron que resistir al Espíritu Santo.

Oh, pero es algo terrible cuando un hombre ha despreciado al Espíritu de Dios, y se ha convertido en un antagonista de ese bendito Espíritu al que resulta peligroso resistir, pues es de Él de quien leemos que hay un pecado que es para muerte, y que ¡hay un pecado contra el Espíritu Santo que nunca será perdonado! Confío que ninguno de ustedes haya cometido todavía ese pecado; pero tengan mucho cuidado en cuanto a lo que hacen, cuídense de lo que hacen, pues se encuentran en una posición sumamente peligrosa.

En algún lugar de la región en la que se encuentran ahora, está el pecado que asegura la condenación. Los exhorto, señores, independientemente del pecado que cometan, que no resistan al Espíritu Santo, pues, si lo hicieran, puede ser que se diga: “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre”; ¡ah, entonces, ah, entonces!, bajo la cortina y no digo nada más, pues es demasiado terrible pensar en eso.

¡Oh, cómo deseo que este pudiera ser el tiempo cuando Jesús quiera cubrirlos seguramente como la gallina cubre a sus polluelos! ¿Desean realmente esta bendición? Yo sé que ustedes no la desearían si Él no lo quisiera. Si hay una chispa de deseo por Cristo en su corazón, hay todo un horno llameante de deseo en el corazón de Cristo hacia ustedes. Nunca podrían tomarle la delantera; mucho antes que hubieran avanzado la mitad de la longitud del barco, descubrirían que Jesucristo es infinitamente más rápido que ustedes. Ningún pecador puede decir jamás que se detuvo por Cristo, y que tuvo que esperar a Jesús. ¿Acaso estoy más dispuesto que Cristo? ¡Jamás! ¿Hay acaso algún pecador más ansioso de ser perdonado de lo que Cristo está ansioso de perdonarlo? ¡Jamás!

No se ha visto jamás, y no se verá jamás, bajo la bóveda del cielo, un alma más hambrienta de Cristo que lo hambriento que está Cristo por esa alma. Mucho antes que la mujer de Samaria le dijera a Cristo: “Señor, dame esa agua”, Cristo le había dicho a ella: “Dame de beber”. Él era el más sediento de los dos, aun cuando Él la había conducido a estar sedienta; y Él estaba sediento de su alma mucho antes que ella estuviera sedienta del agua de vida.

¡Oh, pobre pecador culpable, no dudes que serás bienvenido por Jesús! La puerta de la salvación está completamente abierta. La puerta ha sido levantada de sus goznes. “Todo está dispuesto; venid”. El Salvador te está esperando. El Padre se detiene por ti; no, hace más que eso; sale a encontrarte. Le veo corriendo. ¿Es cierto que te veo llegando? Entonces, ¡qué espectáculo tengo delante de mí ahora! Te veo llegando con débiles pisadas, y lo veo a Él corriendo más rápidamente que el vuelo de los ángeles. Veo al Padre abrazando el cuello del hijo pródigo, lo veo besándolo, y deleitándose en él, y cubriéndolo como si fuese la gallina que cubre a su polluelo.

Lo veo deleitándose en hechos y en señales de infinito amor. “Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado”. “¡Toquen las campanas del cielo!” Hay gozo este día, pues un pecador ha encontrado a su Salvador, y Dios ha encontrado a Su hijo.

Que Dios los bendiga, queridos amigos, por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read "C. H. Ferguson". The signature is written in a cursive, flowing style with a blue-to-purple gradient.